

# José María Calleja

## Lo bueno de España



Una crónica  
histórica ante el ataque  
nacionalista que reivindica  
el valor de España

JOSÉ MARÍA CALLEJA

# LO BUENO DE ESPAÑA

*Una crónica histórica ante el ataque nacionalista  
que reivindica el valor de España*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© José María Calleja, 2020

Autor representado por Thinking Heads

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Iconografía: Grupo Planeta

© de las ilustraciones del interior, © Album, *Guernica*, de Pablo Picasso, 1937, Óleo sobre lienzo © Sucesión Pablo Picasso, VEGAP, Madrid, 2020, *El abrazo*, de Juan Genovés, 1976 © Juan Genovés, VEGAP, Barcelona, 2020

Primera edición: febrero de 2020

Depósito legal: B. 57-2020

ISBN: 978-84-08-21051-1

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Romanyà Valls

Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

# Índice

<i>Prólogo.</i> Un razonable orgullo de la España democrática y de progreso	9
1. La buena memoria y por fin Franco fuera de Cuelgamuros	17
2. Leyenda negra, hispanofobia y la propaganda como arma para todas las guerras	34
3. Viva la Pepa, democrática y modélica, adelantada a su tiempo	87
4. La Constitución. Año cuarenta después de ser votada por los españoles	115
5. La Transición española: un motivo de orgullo y un modelo	153
6. La Transición cultural. <i>Romanticismo</i> , los directores de cine y la Movida	210
7. La derrota de ETA por la democracia española después de años de crímenes que parecían no tener un final	249
8. Leyes contra la violencia machista, matrimonios homosexuales e igualdad. España como modelo	284

9. El <i>Quijote</i> , obra maestra con la que Cervantes crea la novela moderna	300
10. Maestras de la República	306
11. Las escritoras españolas. Mujeres en un mundo en principio de hombres	327
<i>Bibliografía</i>	349

## **La buena memoria y por fin Franco fuera de Cuelgamuros**

Después de cuarenta y tres años, Franco salió de Cuelgamuros. Imaginamos que en contra de su voluntad. Sabemos que con el rechazo irritado y doliente de los restos de su familia, de unos curas preconciarios y de un franquista leguleyo que consideró, antes de leerla, política e inconstitucional la sentencia del Tribunal Supremo que propició la exhumación del dictador.

Las fuerzas integrantes del nacionalcatolicismo presentes, herederas del dictador, debieron de pensar: esto con Franco no pasaba. Y tenían razón.

La noticia, televisada con despliegue de cámaras, con imágenes imborrables para el recuerdo y un guion que difícilmente hubiera imaginado alguien por debajo de Scorsese, entusiasmó a los más jóvenes, indignó a los ultras y a los antifranquistas sesentones nos produjo una prudente emoción.

La exhumación fue piropeada en la elección de los adjetivos por la familia Franco, que la consideró una profanación y un acto dictatorial. Fue obstaculizada por el prior de la abadía, anterior a Trento, que no pudo más que darle con el hisopo al féretro envuelto en ropones que a alguien le recordaron a un tigretón. Los franquistas de guardia sentenciaron: se ha acabado la democracia.

El dictador Franco, sus restos mortales, salieron de su tumba

entronizada, abandonaron la compañía hiriente para sus víctimas y se fueron a Mingorrubio, cerca de El Pardo, lejos de la Almudena, al lado de su mujer, como Dios manda.

Franco construyó en el Valle de los Caídos lo que yo denomino un *parque temático del franquismo*. Nada más acabar la guerra civil, con el terror muy reciente, firmó la orden para erigir un templo descomunal en el que quería ser enterrado él, lo más tarde posible, claro, y en el que quería inhumar cuanto antes a los *caídos* por España, a los españoles fetén.

Los españoles republicanos, especialmente los *rojos*, habían sido desposeídos por Franco de su condición de españoles y, por tanto, para ellos no se había pensado en un principio que aquel lugar les sirviera como tumba. Fue lo que podíamos llamar la falta de quórum mortuario —el que muchas familias de franquistas se negaran a que trasladasen a aquel mausoleo los restos de sus fallecidos— lo que movió a Franco a sacar de sus lugares de enterramiento a los republicanos para intentar colmatar aquel edificio de tamaño desproporcionado, incluso para los fallidos actos freudianos del diminuto dictador. Así, los que estaban en fosas comunes o en cunetas, los muertos republicanos, fueron exhumados y trasladados al Valle de los Caídos en unos camiones negros, siniestros, abrochados en sus remolques de manera que fuera imposible saber qué transportaban. Aquel trasvase de muertos, la exhumación, traslado y posterior sepultura en el Valle se hizo, por supuesto, sin consultar a los familiares de los fallecidos.

Aquel monstruo arquitectónico fue construido en un país que se moría de hambre y de frío. La década de 1940 se conoció en España como *los años del hambre*. La obra se construyó entre 1941 y 1959, con 20.000 obreros, presos políticos en su mayoría, y con un coste equivalente a 247 millones de euros. En un país que se moría de hambre y frío, Franco ordenó erigir aquel edificio siniestro, gélido y carísimo.

El Valle se levanta con todas las penalidades juntas que se

pueden unir en una posguerra en la que al terror caliente de los primeros días del golpe de Estado franquista contra la legalidad de la República le sucedió un terror frío, sistemático, sostenido con saña en el tiempo, lleno de juicios y consejos de guerra con nulas garantías, en los que las sentencias estaban dictadas de antemano y en el que se aniquiló a buena parte de los contrarios a Franco. Aquello fue una política de exterminio. Al final de la guerra le sucedió la represión enconada y tenaz.

El régimen de Franco se inauguró fusilando en masa y concluyó fusilando después de misa. El 27 de setiembre de 1975, dos meses antes de la muerte del dictador, Franco mandó ejecutar a tres miembros del FRAP y a dos de ETA. Firmó el dictador, a punto de extinguirse, cinco penas de muerte. El papa pidió clemencia y Franco, no sabemos si mojando el soconusco en el chocolate, lo cierto es que no escuchó la petición de clemencia y mandó matar. (Hecho trágico, al margen del carácter abyecto de los del FRAP y los de ETA.)

Dos meses después de ordenar el fusilamiento y de pronunciar su último discurso, el 1 de octubre de 1975 —que por sus palabras podía haberlo dictado en 1939, con referencias a la conspiración judeomasónica, al comunismo internacional, etc.—, Franco nos hacía el favor de morir después de una agonía interminable, después de su tromboflebitis, su párkinson y su deterioro vegetativo general; después del crepúsculo de su ideología.

El llamado *equipo médico habitual*, que firmaba a diario los partes sobre el estado del mortecino y que le atendió en su interminable y sostenida agonía, nos informaba con precisión semántica —también a los españoles que tenían el cava a la espera en la nevera— de las «heces fecales en forma de melena», hallazgo lingüístico, que acompañaron al dictador, convertido al final en un guiñapo, con su cuerpo menguante perforado por tubos marcianos, lo que hoy denominaríamos *encarnizamiento terapéutico* y entonces ya llamó mucho la atención.

Se trataba de que Franco muriera oficialmente un 20 de noviembre, como José Antonio Primo de Rivera, que ya le esperaba enterrado en la basílica que el dictador mandó erigir.

Franco fue enterrado un 23 de noviembre en el Valle de los Caídos. Una mañana fría y soleada, entre brazos en alto y lágrimas más o menos contritas de sus seguidores, desaparecidos a las primeras de cambio en el primer contraste con las urnas democráticas, el 15 de junio de 1977. La ultraderecha heredera del franquismo logró un único escaño, el de Blas Piñar, no ya en 1977, primeras elecciones generales, sino en 1979, encabezando la Unión Nacional, siglas que trataron de unificar a una derecha franquista dispersa y finiquitada que no llegó a los cuatrocientos mil votantes españoles: un diputado franquista después de cuarenta años de dictadura franquista, dudas sobre la eficacia de su propaganda bombeada en régimen hipodérmico y certezas de lo que piensa la gente cuando desaparece el miedo.

El general sanguinario y mediocre, militarmente hablando, ínfimo ante alguno de los suyos —*Paca la culona*, le decía el muy testicular, ahora de fajín virginal, que igual también sale de su nicho, Queipo de Llano—. Franco, el que lo mismo rebanaba la cabeza de los moros que ordenaba fusilar a un legionario o ejecutaba a un falangista por los hechos de Begoña. Franco, el que puso en marcha, desde arriba, desde su autoridad obtenida por un golpe de Estado contra un Gobierno legalmente instituido, una feroz maquinaria de represión contra sus propios paisanos, un artefacto jurídico-político que se llevó por delante la vida de decenas de miles de españoles entre 1939 y 1945. Franco, el que provocó la cárcel y el exilio a miles de españoles más, el que sepultó en vida a muchos de sus paisanos en una mala suerte de exilio interior —entre ellos, gentes que no salieron de sus casas, los denominados *topos*, contados por Manu Leguineche y Jesús Torbado, durante años paralizados por el terror, sepultados en vida—, descansaba entronizado, pegadito al altar de la basílica, protegido

por la bóveda con cinco millones de teselas en la que se retrataban desde falangistas de camisa azul y pelo en pecho hasta ascensiones a los cielos y requetés estética Sáenz de Tejada.

Cada 20 de noviembre, decenas de falangistas con hachones salían de noche de la calle Génova de Madrid, donde nació José Antonio Primo de Rivera, para llegar, al alba, a Cuelgamuros. Bien cargados de alcohol y protegidos con periódicos gruesos debajo de la camisa azul, rendían homenaje al dictador. La cosa fue aflojando con el paso de los años hasta que solo un puñado seguía en el ritual. Pero el Valle figura aún en las visitas turísticas que se ofertan desde Madrid. Incluyen el *pack* Valle de los Caídos y El Escorial como visitas turísticas, 49 euros la ronda per cápita, con viaje en autobús incluido.

El templo de Cuelgamuros provoca en sí mismo terror a cualquiera que entre en su interior, aun sin saber lo que allí se coció. Estéticamente terebrante, con dimensiones inhumanas en sus esculturas, en las pilas bautismales, en la dimensión del cruce-ro, con su enorme altura entre el suelo y la cúpula. «Más alto, Muguruza», apremiaba el propio Franco al primer arquitecto, vasco, y que se murió antes de concluir la obra, posiblemente porque no lo soportó (al dictador). Se murió del Valle.

Franco visitaba regularmente las obras, por sorpresa o anunciando su presencia con campanillas. Daba algunas monedas a los hijos de los obreros presos, les acariciaba el pelo y se volvía a casa feliz de su erección.

La cruz del exterior, de casi 150 metros de altura, más lo que suma la roca, con un brazo de 46 metros, remataba aquel monstruo arquitectónico en el que Franco quiso ser enterrado. Propongo redefinición como aparcamiento con ascensor.

Desde luego que el primer Gobierno democrático tras la recuperación de las libertades presidido por Adolfo Suárez no podía ni siquiera pensar en sacar de allí a Franco. Era ontológicamente imposible que un presidente que había hecho todo lo posible por

el consenso, por llegar a acuerdos con las fuerzas de izquierda, entre las que el PCE había promovido la reconciliación entre españoles desde 1956, tuviera en algún lugar de su agenda, por remoto que fuese, sacar de allí los restos del dictador.

Los Gobiernos de Felipe González, en el poder desde octubre de 1982 hasta marzo de 1996, no se plantearon la posibilidad de sacar los restos del dictador. Las prioridades de la agenda socialista en la época eran otras, centradas en el desarrollo de la educación y la sanidad pública, en la modernización y el cambio de España; en la inclusión de España en la OTAN o en el combate contra el terrorismo; y especialmente también en buscar la ubicación de España en el mapa internacional, con la firma de la entrada en la Unión Europea, trabajada, asimismo, por Gobiernos anteriores, y por la colocación de España en un estatus de relación privilegiada, por ejemplo, con Alemania, el país más poderoso de la Unión Europea.

La obsesión por no remover el pasado, por evitar elementos de disputa, llevó a Felipe González a no mover un dedo respecto de esa especie de asignatura pendiente de la democracia española: un dictador entronizado en un ámbito incompatible con la democracia, imposible de representar un espacio común de libertad para todos los españoles.

Los dos Gobiernos de Aznar, el segundo con mayoría absoluta, entre 1996 y 2004, tampoco hicieron nada por sacar a Franco de Cuelgamuros. Quizás hubiera sido lo propio, que fuera un Gobierno de derechas el que exhumara al dictador. De la misma forma que fue un hombre de derechas, Adolfo Suárez, el que legalizó el Partido Comunista. Aznar llegó al Gobierno cuando en el país no quedaban rastros legales ni institucionales de la dictadura, cuando el Valle de los Caídos con Franco allí enterrado era una anomalía, un ente imposible de incorporar en un espacio simbólico democrático y compartido. Franco tenía que salir de allí.

Aznar hizo de la búsqueda de alianzas con los nacionalistas de CiU, con Jordi Pujol, y el PNV, con Xabier Arzalluz, el eje de su primera legislatura. Jordi Pujol, declarado *español del año* por el diario *ABC*, ya era entonces un corrupto, apoyado por periodistas sacristanes, turiferarios, y había salido de la primera acusación de financiación ilegal de su partido con la amenaza tronante de que «los que hablaremos de ética a partir de ahora seremos nosotros, los nacionalistas catalanes (como él)», dijo enfadado. En un estilo puramente franquista, que se mantiene hasta hoy en el discurso nacionalista catalán, el corrupto Pujol estableció que los ataques contra él, caso Banca Catalana, eran ataques contra Cataluña propiciados por *españoles*, estigma que el nacionalismo aplicaba hasta el linchamiento aunque el señalado se apellidara Obiols y se llamara Raimon. Hijos de la burguesía catalanista, progresistas, estigmatizados por el corrupto Pujol.

Pero además de pactar con los nacionalistas vascos y catalanes, Aznar no dedicó ni una palabra a Cuelgamuros. Aznar, del que no podemos decir que se partiera el pecho por la Constitución cuando esta se debatía, no movió tampoco al dictador de su lugar. Sus socios nacionalistas no se lo reclamaron, estaban a por la pasta, la urgencia iba más de transferencias. Como dijo Arzalluz: «en catorce días con Aznar, hemos conseguido más transferencias que en catorce años con Felipe González». Aznar era entonces para Arzalluz «un castellano de palabra» con el que hilvanaba acuerdos en comidas burgalesas regadas con Ribera del Duero.

José Luis Rodríguez Zapatero llegó al Gobierno en 2004 y su primera legislatura fue revolucionaria en cuanto a políticas sociales: ley contra la violencia machista, ley de igualdad, ley de matrimonios de personas del mismo sexo y ley de memoria histórica, aprobada esta en 2007. El enunciado de la ley hace referencia al reconocimiento y ampliación de derechos y al establecimiento de medidas a favor de quienes padecieron persecución o violencia

durante la guerra civil y la dictadura. Era una ley con un claro espíritu reparador. Reparadora y empática con las víctimas del franquismo. No gustó a la derecha.

Se diría que la sociedad española ya había hecho la digestión de los miedos y que después de veinticinco años de recuperación de la democracia era pertinente plantear una digna compensación a las víctimas del franquismo. La parte franquista ya había tenido cuarenta años de dictadura, con sus días y sus noches, para ser gratificada, honrada, reconocida y premiada, así con estancos para viudas como con oposiciones patrióticas para adictos al régimen sin otro título que su ardor guerrero.

No se trataba, con la conocida ley de memoria histórica, ni siquiera de buscar un empate con ellas, con las víctimas franquistas, solamente se buscaba una reparación. Reparación que pasaba, entre otras cosas, por poder recuperar al mayor número posible de víctimas en Cuelgamuros. Aquella amalgama de huesos, aquel aquelarre de restos, 33.833 personas, según el censo del Ministerio de Justicia, 13.000 de ellos sin identificar, era sencillamente inmanejable en la mayoría de los casos. Pero sí, había víctimas que conocían el columbario, el lugar exacto, el número de féretro en el que estaban sus familiares, véase Fausto Canales y los aragoneses hermanos Lapeña.

No sentó bien a ciertos sectores de la sociedad española aquel esfuerzo de enmienda. Un adjetivo y un sintagma sirvieron de contraataque: *buenismo* y *reabrir heridas*; y otra idea también propagandística expresada de diversas formas: «hay cosas más importantes», «esto no preocupa a los españoles», «hay que mirar al futuro».

Lo cierto es que no se trataba de reabrir heridas, más bien de lo contrario, de cerrarlas, de que aquellos que no habían podido recuperar a sus seres queridos, a sus familiares, pudieran hacerlo, pudieran enterrarlos donde ellos quisieran, sacarlos de la compañía indeseada del dictador, culpable en buena medida de sus

muerter; rescatarlos de cunetas y fosas. Víctimas de Franco enterradas en el Valle de los Caídos, que se sabía a ciencia cierta dónde estaban y que solo con una decisión política, puesta a limpio en una ley, y con los medios económicos necesarios para la exhumación, era posible su recuperación y el traslado al lugar deseado por sus familiares, gentes ya mayores, que temían morir antes de recuperar a los suyos.

Los intentos que ha habido en España por exhumar a Franco o por resignificar el Valle de los Caídos se han encontrado con reacciones airadas, con denuncias y con la oposición no solo de la familia del dictador, también de sectores de la derecha. Tiene que ver, a mi juicio, con que en España no hemos conseguido hacer un trabajo de memoria compartida entre todas las posiciones políticas. Así, tenemos la parte positiva: en el Congreso ningún partido se niega a la exhumación del dictador, pero luego, en declaraciones políticas y en apariciones ante los medios de comunicación, se arremete, a veces despectivamente, contra el intento de exhumar a Franco y tratar de dar una explicación democrática de aquel lugar.

Es Alemania un país modélico en todo lo que tiene que ver con la memoria y la reparación del pasado. Allí se ha hecho «un buen trabajo de memoria», como explica la investigadora francoalemana Géraldine Schwarz, citada por Álvarez Junco. ¿Qué quiere decir «un buen trabajo de memoria»? Que, a partir de una reflexión sobre lo ocurrido en el pasado, los alemanes interiorizaron unos valores y un espíritu crítico determinantes para una convivencia en libertad. Se repudiaron los extremismos, los dirigentes providenciales y los discursos del odio contra otras comunidades, étnicas, políticas o religiosas.

Fruto de esa buena política de memoria, en Alemania hay una serie de valores compartidos entre la mayoría de los alemanes, se acogen inmigrantes por centenares de miles, como nadie en Europa: un millón de personas entre 2015 y 2016 ha aceptado

Alemania, con recibimientos con osos de peluche para los críos y comida servida por los propios alemanes, sin duda, con memoria. El hecho de que haya partidos ultras, con especial raigambre, mira por dónde, en lo que fue la antigua RDA, la llamada *República Democrática Alemana*, desaparecida con la caída del Muro en 1989, no obsta para subrayar y valorar ese modélico trabajo de memoria en Alemania.

En España, cada vez que se ha intentado hacer buenas políticas de memoria, la derecha se ha dedicado a obstaculizarlas, a atizarlas, a decir que eran ganas de remover el pasado, que al parecer a nadie interesaba.

Creo que la conocida como *ley de memoria histórica* ha sido de las cosas buenas de España. Un intento por hacer un buen trabajo de memoria, en la línea de la reconciliación, la reparación y la justicia. Fue durante el Gobierno de Zapatero cuando se alumbró una comisión de expertos que estudió la realidad del Valle de los Caídos y su posible resignificación como lugar de reconciliación entre españoles.

Estéticamente, el lugar es irrecuperable, pero sí cabe, al menos, la posibilidad de que dentro del propio Valle se dé una explicación distinta a la actual, puro onanismo franquista, puro culto a la personalidad del dictador, halago tremendo —que dirían en Cuba— de su dictadura. Una explicación que exponga de manera democrática lo que fue el golpe de Estado contra un Gobierno legal; que cuente la guerra que siguió al fracaso golpista, la encarnizada represión posterior, organizada desde el propio régimen, que se mantuvo a conciencia durante la dictadura y que perseguía el exterminio de aquellos que se oponían a Franco. El disparate de erigir aquel mamotreto en medio del hambre, la penuria y el miedo. Con aquel frío y aquellos vientos. La consideración de no españoles aplicada por Franco al medio país que se le oponía, aunque fuera en silencio. Esa idea de aniquilar al tercio de la población que no era partidaria para dar satisfacción al tercio que te

apoyaba y aterrorizar así, y ganar los vítores, del tercio restante que dudaba y al que se ganaba por el miedo con ese linimento mortífero. Una política de exterminio de humanos que ya puso en práctica el caudillo ustacha Ante Pavelic en Croacia, con éxito de crítica y público en su momento. Ante Pavelic, por cierto, enterrado en Madrid.

Aquí, con la ley de memoria histórica, se proponía justo lo contrario, una política de reconciliación y reparación de las víctimas no reparadas. Aquella ponencia, promovida desde el Gobierno de Zapatero entre diversos expertos, estableció el terreno, el marco político y conceptual para que la exhumación de Franco fuese percibida como posible, necesaria, saludablemente democrática, y para que dejara de ser planteada como un disparate, una locura.

Y en estas llegó al Gobierno Mariano Rajoy. Rajoy, que daba por hecho su triunfo en las elecciones generales de 2004, hasta el punto de hacer una campaña electoral de intencionado perfil bajo. Se fue a la lona y tardó toda una legislatura en hacer la digestión de su derrota, inesperada para él. De 2004 a 2008, desde la oposición, Rajoy solo fue capaz de hacer frente a las múltiples conspiraciones que desde su propio partido quisieron moverle la silla. Entre tanto, se lamía las heridas de la derrota. También se dedicó a utilizar el terrorismo de manera irresponsable y grasienta y a insultar al presidente del Gobierno, José Luis Rodríguez Zapatero, al que despreciaba profundamente.

Cuando Rajoy llegó a la presidencia del Gobierno, no es que no tuviera entre sus cien primeras prioridades la aplicación de la ley de memoria histórica, es que sencillamente derogó de hecho la ley promovida por su antecesor. No dio ni un euro para su puesta en práctica. Ni un maldito euro. Lo dijo y lo hizo. Derogación por la vía de los hechos. Aplicación de todos los mensajes difundidos previamente en el argumentario pepero de tertulias y debates: la memoria histórica era mirar al pasado, reabrir heridas;

temas que no interesan a la mayoría; hay que mirar a los problemas reales de la gente y al futuro; traducido al español: ni un euro para la ley de memoria histórica.

En una demostración empírica de que el que tiene una voluntad férrea y una idea monógama de llegar a algo finalmente lo consigue, Pedro Sánchez alcanzó la presidencia del Gobierno y se instaló en la Moncloa en 2018. Mariano Rajoy, que había hecho concesiones al PNV hasta la saciedad, incluido un AVE a la puerta del *batzoki* de Bilbao —es metáfora—, que había dado, redondeando, 1.000 millones de euros por escaño nacionalista, en total, 5.000 millones de euros a Euskadi; Rajoy, que pensaba que había comprado a los nacionalistas del PNV, a los que hubiera acusado —si los nacionalistas hubiesen pactado con el PSOE la mitad de lo acordado por Rajoy— de romper España; ese Rajoy entregó la cuchara. No sé si es del todo buena la imagen, porque Rajoy huyó a un restaurante con varios de los suyos y, mientras se ventilaba en el Congreso su defenestración, él lo dio todo en una sobremesa con chupitos de *whisky* en la que se derrengó desde la hora de la comida hasta las diez de la noche, desorientación incluida del ya exlíder al salir del restaurante.

Pedro Sánchez, agigantado como un *killer*, le dijo en el Congreso: dimita usted, señor Rajoy. Mariano enarcó la ceja derecha y, con el parpadeo que refleja en él la pérdida de posición, decidió que lo pertinente —él, que siempre invoca el sentido común como guía de todos los actos— era irse a una comida pantagruélica, tipo las de empresa en Navidad que proliferan tanto en Madrid, de esas que se prolongan hasta la noche con confeti y estrofas reiteradas de «así somos, así somos».

Fuese y dejó todo el campo para Sánchez y su frente de rechazo marianista. Nunca se analizará lo bastante qué hubiera ocurrido de haber dimitido Mariano Rajoy y haber dejado paso a Soraya Sáenz de Santamaría, que hubiera sido más que probable presidenta de Gobierno sustituta. Pero como la historia contra-

factual solo conduce a la melancolía, aunque esto no lo haya dicho Ortega, nos ponemos en modo Pedro Sánchez presidente del Gobierno y sus primeras medidas antes de los cien días. Entre ellas sobresale el propósito de exhumar a Franco del Valle de los Caídos.

El frente de rechazo que había propiciado la caída de Mariano Rajoy por acusaciones y sentencias de corrupción tenía ahora que ser capaz de poner en pie un mecanismo para sacar a Franco del puesto que tenía allí, donde hacen guardia los luceros. La perplejidad por su caída, por la llegada de Pedro Sánchez a la Moncloa, la estupefacción ante la posibilidad realmente existente de que Franco pudiera irse a descansar a otro sitio. Todo era un turbión para Rajoy.

El debate se estableció en dos planos. Si se quiere, el ético-político: la extracción de Franco era justa, un acto de justicia; justicia política e histórica, una reparación urgente por tardía para sus víctimas, con las que artificialmente y de manera inconcebible descansaba. No abría heridas, cerraba las de las víctimas y zanjaba un capítulo pendiente.

El otro plano era el estrictamente legal. Cómo hacerlo. Sabemos por la vida que el cómo acaba afectando al qué. Las formas condicionan los contenidos. La exhumación de Franco se podía hacer por vía de un decreto ley, que entendía que aquello era urgente y por eso se justificaba ese procedimiento. La otra opción, más larga, era por la vía de un proyecto de ley, una modificación de la propia ley de memoria histórica.

En medio de un debate en el que sobre todo algunas televisiones aprovecharon para exhumar informativamente a franquistas vivos y puros, presentados frívolamente en pie de igualdad con demócratas, se volvieron a repetir en bucle las razones a favor y en contra de exhumar los restos del dictador; en este caso, con el argumentario distribuido por el PP, según el cual la República no era democrática y lo que vino a hacer el golpe de Estado de Fran-

co —aunque no lo mencionaran de forma explícita— no era otra cosa que reponer el orden, evitar la anarquía y el caos que la *desastrosa* República había propiciado. Falta memoria compartida.

Familiares de Franco, especialmente uno de sus nietos, al que cambiaron el orden de los apellidos para que fuera denominado *Francisco Franco* y no *Francisco Martínez-Bordiú Franco*, salen en las teles con estatus de sentar cátedra tipo oráculo de Delfos o como si fueran mediadores de la ONU, quejándose de que la forma de actuar del Gobierno de Sánchez es *dictatorial*; lo cual, de ser cierto, no debería suscitarles el menor reproche.

Sobre la idea de que es urgente porque ya llegamos tarde, la vicepresidenta del Gobierno, Carmen Calvo, en tareas de portavoz del Ejecutivo, explicaba en una rueda de prensa vibrante desde la Moncloa, el 24 de agosto de 2018, los planes para la exhumación y traslado de los restos del dictador. Franco iba a salir de Cuelgamuros cuarenta y tres años después de su muerte, cuarenta años después de la aprobación de la Constitución, que ha garantizado el periodo más largo de libertades de la historia reciente de España. La exhumación no se produjo en esa fecha y fatalmente nos enredamos en el embrollo de las complejidades legales, del campo minado legal, que dificultaba extraordinariamente sacar a Franco de allí. La decisión política es buena y clara. El marasmo legal, complejo y enrevesado.

Empezaba la cuenta atrás para que los restos mortales de Francisco Franco, como finalmente ocurrió, salieran de una vez por todas del Valle de los Caídos, el lugar que el dictador soñó como su enorme catafalco recién terminada la guerra civil, cuando, además, pensaba en acuñar pesetas con su cara y la leyenda en círculo sobre sus mofletes de peseta rubia: «Caudillo de España por la gracia de Dios».

Esa «urgencia porque vamos tarde» justificaba la exhumación de los restos del dictador. Cuarenta años desde la muerte de Franco era tiempo más que suficiente como para sacarlo cuanto

antes de Cuelgamuros. La exhumación sería, debería ser, un gesto de buena memoria, a la alemana, un ademán de reconciliación entre los que todavía se enfrentan como si no hubiera un ayer y no hubiera un mañana.

Estoy dispuesto a repetir en cada párrafo la palabra *dictador* porque uno de los impuestos reaccionarios que hemos pagado, desde pongamos el verano de 2018, de especial virulencia ultra, ha sido tener que soportar a gente que decía que el régimen de Franco no fue una dictadura, que aquello fue, incluso, una etapa especialmente fructífera. Una de las variantes de ese revisionismo consiste en repetir que Franco murió en la cama, como si eso acreditase el apoyo de los españoles al dictador. Lo dicen franquistas que no quieren que se les nombre como tales y a los que les parece ahora, y les pudo parecer entonces, excelente la idea de encarcelar a todos los que nos atrevimos a luchar contra aquella dictadura grasienta. El miedo tiene un efecto paralizante y ese miedo explica que personas que rechazaban el régimen no se atrevieran a exteriorizar su protesta porque hacerlo conllevaba pena de cárcel, de ahí lo de dictadura. Muchos vivieron un auténtico exilio interior. No solo los «topos».

Lo cierto es que hubo una importante movilización y una lucha ejemplar contra el dictador mientras existió su régimen, que se pagó con cárcel, exilio, expulsiones de la Universidad, despidos... y que gracias a los que la protagonizaron(mos) fracasó el intento de algunos por mantener la dictadura con Franco muerto.

El Gobierno optó en principio por exhumar a Franco por el decreto ley, que solo exigía mayoría simple: que votasen más diputados a favor que en contra, con lo cual se ponía a salvo que la medida prosperase. El PP y Ciudadanos, que no votaron en contra de la proposición de ley presentada por el PSOE en mayo de 2017 para exhumar al dictador, hacen declaraciones que desautorizan su propio voto. La suma de los partidarios de la exhumación tenía que garantizar que se acabara sacando al «bicho de Cuelga-

muros», como dijo Nicolás Sánchez-Albornoz, excelente persona, memoria viva, superviviente del Valle, lúcido y entero en sus convicciones, que insiste en llamarlo *Cuelgamuros*.

Por su parte, ERC planteó de manera chantajista e innecesaria, en mi opinión, que apoyaría la exhumación de Franco solo si antes se anulaban los juicios franquistas, especialmente el que supuso la ejecución de Lluís Companys. Un disparate. No se debía vincular una cosa con la otra, si realmente se tenía interés en que Franco dejase de estar al lado de los que asesinó.

La familia Franco se revolvía a la desesperada. Su abogado, Utrera Molina, posiblemente situado a la derecha del propio dictador, no paraba de poner trabas; parecían dispuestos a llegar al Tribunal de Derechos Humanos de Estrasburgo, ellos, a los que lo internacional siempre les pareció pecaminoso.

Quiero pensar que la eventual anulación de los juicios franquistas debería hacerse de forma que no pueda ser revocada. La abolición debería tener un carácter simbólico, sanador para sus víctimas, pero hay que evitar a toda costa entrar en un terreno minado que pueda desautorizarla. Es este un asunto mucho más peliagudo jurídicamente que la exhumación del dictador. Es, también, un trabajo de buena memoria. Finalmente, las exigencias de ERC no prosperaron y Franco salió de Cuelgamuros.

Fueron nada menos que cuarenta años no solo de juicios, sino de todo tipo de leyes y medidas legales —el Código Penal del franquismo de 1973 estuvo vigente hasta 1995—, con medidas más benevolentes, en algunos casos —presos etarras, por ejemplo—, que las establecidas en la democracia, lo que hizo muchísimo más complicado este proceso, según te explicaban personas expertas en este asunto.

Y así llegamos a la exhumación realmente existente. Una reparación para las víctimas del franquismo, un acto de justicia democrática que, aunque tardío, llena de emoción. Un buen trabajo de memoria que por fin se consuma.

Los restos mortales de Franco han sido exhumados del Valle de los Caídos. Exhumados de forma digna para la democracia y sin atender a ninguno de los requerimientos ultras de su familia, que pedía aguilucho en la bandera, salvas de ordenanza y misa larga y muy preconiliar. Franco, sus restos, ha viajado de Cuelgamuros a Mingorrubio, y en ese traslado en helicóptero ha habido un ejercicio de reparación a las víctimas del franquismo, las que yacían al lado del dictador cuya muerte propició.

Se acabó la anomalía que suponía para la democracia mezclar al dictador asesino con víctimas.

Parecía que el asunto era imposible, con todos los obstáculos posibles de una familia, los Franco, llena de privilegios. Al final, el dictador fue exhumado, trasladado a Mingorrubio, y el vendedor de flores del lugar vio como se le marchitaban. Apenas unos trescientos seguidores, muchísimos menos de los franquistas realmente existentes en España.

El titular de la jornada lo dejó el cabecilla de la familia Franco: «esto es como una dictadura», dijo, muy serio. Y esa frase es el certificado de las cosas bien hechas por la democracia española. Por cierto, si «esto» es como una dictadura, los Franco deberían sonreír y no estar tan ofuscados como se mostraron. A ver si es que ahora son demócratas de toda la vida.

Franco ya no está en Cuelgamuros, tampoco en la Almudena, y eso es una, dos buenas noticias para la democracia española, razonablemente orgullosa de serlo.

## Leyenda negra, hispanofobia y la propaganda como arma para todas las guerras

Las definiciones sobre la leyenda negra coinciden en el carácter exagerado y mentiroso de los términos de su relato, en la consideración excesiva de los españoles como seres inferiores a otros europeos, en que surge cuando España es un imperio hegemónico en el mundo y en la intención propagandística de los países que la difunden.

Fue la escritora Emilia Pardo Bazán la primera que utilizó el sintagma *leyenda negra*; lo hizo en una conferencia pronunciada en París el 18 de abril de 1899, recién consumada la catástrofe del 98. Denunciaba Pardo Bazán esa leyenda negra porque «falsea nuestro carácter, ignora nuestra psicología, y reemplaza nuestra historia contemporánea con una novela, género Ponson du Terrail, con minas y contraminas [referencia al hundimiento del Maine en la guerra de Cuba] que no merece ni los honores del análisis». Se refiere a una leyenda divulgada por la que califica como «asquerosa prensa amarilla», ignominia dentro de un país civilizado como los Estados Unidos.

Pardo Bazán califica esta leyenda de embustera y difundida por algunos medios de comunicación. Estaríamos ante algo a lo que hoy llamaríamos *posverdad*, es decir, una mentira envuelta en aparente veracidad. Una mentira construida consciente y delibe-

radamente con mezcla de ingredientes que pueden ser ciertos o verosímiles y que tiene por objetivo desprestigiar, socavar el prestigio, combatir o derrotar al construido como enemigo.

Julio Caro Baroja sostiene que la leyenda negra fue un fenómeno que surgió a partir del libro de Julián Juderías y que luego otros perpetuaron, restando así importancia a este discurso. Juderías escribió *La leyenda negra y la verdad histórica*, que se publicó en cinco entregas en la revista *La Ilustración* en 1914 y luego apareció como libro ese mismo año. Aquí, Juderías establece la definición de leyenda negra como una serie de relatos fantásticos, descripciones grotescas, hechos exagerados, mal interpretados o falsos en su totalidad, que parten de la ignorancia sistemática de cuanto es favorable a España y que se difunden en todos los países respecto de nuestro país y del supuesto carácter de los españoles sobre la base de considerar a los españoles como seres inferiores respecto de otros europeos, tenidos como civilizados.

Ingredientes de ese carácter español que serían, al parecer, y según los difusores de esa leyenda negra, la codicia, la astucia, la soberbia, la crueldad, la lujuria, la barbarie, la sangre semita y el fanatismo. Este es el catálogo en el que se resume la leyenda negra sobre España, según explica Antonio Sánchez Jiménez. Cita este autor una definición de la leyenda negra hecha por Julián Juderías: el sistema de estereotipos antihispánicos que circulaba en los siglos XV-XVII, representando a los españoles como seres especialmente tiránicos, crueles, intolerantes, lujuriosos y avariciosos.

Si nos atenemos a las definiciones que se han dado en el *Diccionario de la Real Academia Española*, la leyenda negra es una opinión contra *lo español* difundida a partir del siglo XVI, o una opinión antiespañola sobre la política española en Italia, Alemania, Países Bajos y en la conquista y colonización de América. En cualquier caso, *leyenda* se define también como opinión desfavorable y generalizada sobre alguien o algo generalmente infundado.

Pardo Bazán afirma que la contraleyenda española, la leyenda negra, esa divulgada por la prensa amarilla, «es mil veces más embustera que la leyenda dorada. Esta, cuando menos, arraiga en la tradición y en la historia; la disculpan y fundamentan nuestras increíbles hazañas de otros tiempos; por el contrario, la leyenda negra falsea nuestro carácter», así lo escribe Emilia Pardo Bazán en su libro *La España de ayer y la de hoy. La muerte de una leyenda*, publicado en 1899, justo un año después del desastre del 98.

Es un conjunto de estereotipos de origen áureo, al cual ha recurrido después la propaganda en diversos momentos de la historia y con diversas motivaciones concretas, construyendo una imagen que dificulta el estudio del Siglo de Oro, por ejemplo.

Podríamos añadir que la leyenda negra dificulta el estudio de la realidad de España hasta hoy, cuando después de unos años —sobre todo tras la recuperación de las libertades y la instauración de la democracia desde 1977—, España se prestigia a los ojos del mundo gracias a su Transición y a las extraordinarias transformaciones que se dan en el país. Un país que en muy poco tiempo protagoniza una modernización a pasos agigantados, un país que se mira como ejemplar por la transición de la dictadura a la democracia, que logra un enorme crecimiento económico, con altos grados de bienestar de sus ciudadanos, que ofrece una buena imagen en el exterior, con jóvenes líderes políticos, Suárez y Felipe González, símbolo de un país que progresaba, que avanzaba en su calidad de vida. Un país ideal para vivir, en el que se asentaban ciudadanos de otros países y que, finalmente, a través de sus deportistas y sus éxitos deportivos, ofrecía una imagen radicalmente distinta de la que proyectaba durante la dictadura franquista.

Durante treinta años, los que van de 1977 a 2007, España vive una transformación de grandes proporciones, una modernización y un enorme avance, también empieza a jugar un papel relevante en el panorama internacional, a tener un peso del que, desde luego, careció durante la dictadura franquista.